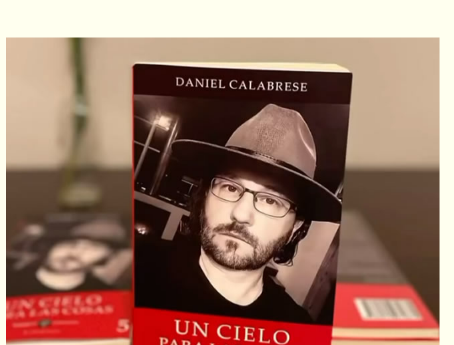


"Un cielo para las cosas": antología íntima de Daniel Calabrese

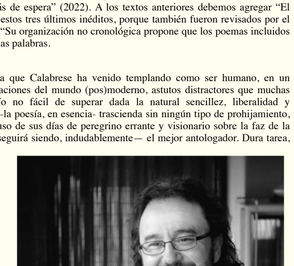
Laberinto Ediciones, México, 2023, 145 páginas.

Por Bernardo González Koppmann

«Aquella vez pensé:
por aquí no pasan ni las balas,
qué va a pasar entonces la poesía.
Pero me equivoqué.»
D. C.

I
Daniel Calabrese (Dolores, Buenos Aires, 1962) nos presenta en *"Un cielo para las cosas"* la íntima y personal mirada, ya retrospectiva, del poeta sobre su obra, donde, al mismo tiempo que ordena su trabajo en tres temáticas muy contemporáneas (la lucidez poética, el amor controversial entre los opuestos y la objetividad del lugar o contextualización del verbo), actualiza una propuesta que ha venido desarrollando durante varios años con títulos tan señeros como "La faz errante" (1990), "Futura ceniza" (1994), "Escritura en un ladrillo" (1996), "Singladuras" (1997), "Oxidiario" (2001), "Ruta Dos" (2013) y "Compás de espera" (2022). A los textos anteriores debemos agregar "El buscador de agua", "Ave nocturna" y "Otro viaje al centro de la Tierra", estos tres últimos inéditos, porque también fueron revisados por el autor para esta antología. En N. del E. (p. 2) se lee corto, claro y conciso: "Su organización no cronológica propone que los poemas incluidos se resignifiquen para dar lugar a este nuevo libro." A buen entendedor pocas palabras.

II
La presente selección está hecha desde una cierta madurez y sapiencia que Calabrese ha venido templando como ser humano, en un perseverante y desigual combate contra los molinos de viento y las tentaciones del mundo (pos)moderno, astutos distractores que muchas veces nos atosigan, agobian y maltratan hasta el paroxismo. Desafío no fácil de superar dada la natural sencillez, liberalidad y desprendimiento que debe guardar todo creador, con el fin de que el arte -la poesía, en esencia- trascienda sin ningún tipo de prohijamiento, desde aquí donde aún respira hasta lugares insospechados, más allá incluso de sus días de peregrino errante y visionario sobre la faz de la tierra. Al respecto, Borges dijo alguna vez que el tiempo era —y lo es y seguirá siendo, indudablemente— el mejor antologador. Dura tarea, arduo ejercicio, sobreponerse a los condicionamientos del diario vivir porque la belleza siempre nos va a exigir a concho y sin contemplaciones tanto el ethos, el pathos y el logos de la estética aristotélica como piedra angular entre vida y poiesis, así estemos embarcados en pleno siglo veintiuno padeciendo de fundamentalismos que se empecinan en no reconocer al prójimo como ser humano, íntegro y luminoso, criatura perfecta en todas las razas y condiciones, hoy por hoy exiliada con la pistola al pecho del paraíso. Y es, precisamente, esta madeja existencial lo que obnubila a la humanidad llevándonos a descalificaciones y enfrentamientos irracionales, situación caótica avasalladora que Calabrese intenta desentrañar, deconstruir y despuntar para que la materia y el karma se reconcilien al fin -después de tantos padecimientos- en un lugar entrañable, cotidiano y definitivo que hemos dado en llamar *cielo*. "Un cielo para las cosas". Notable la tarea del poeta que asume su existencia como un canto a la luz, aún en las peores circunstancias. "La vida es hermosa, incluso ahora", parece que se oyera susurrar a Zurita.


Daniel Calabrese

III
Indudablemente, esta escritura refleja un oficio acabado del autor; no sólo maneja la tradición clásica —"una voz antigua me responde"— mencionada al pasar, sino también, según los ha dicho el propio autor, "abreva en la oralidad acotada de la poesía anglosajona contemporánea, el cine de ciencia ficción, la metafísica de Héctor Viel Temperley, la enumeración caótica de Walt Whitman, también en guiones de historieta, secuencias visuales al uso huidobriano, letras de tango y hasta enseñanzas de El libro tibetano de los muertos, de igual forma está sustentada por una usina propia de ideas e imágenes." A confesión de partes relevo de pruebas.

IV
Pero esta poesía, es mucho más que eso. Calabrese, amén del diseño que ha dado a su trabajo, clasificando sus poemas por temática en tres apartados —el pensamiento ("Una piedra colgando de las nubes"), los afectos ("Ese monstruoso amor") y la realidad ("Por este exacto lugar")—, fija la mirada, más lúcida y comprometida que complaciente, en el ser humano contemporáneo, especialmente aquel paisano o forastero que sufre los embates de la organización social predominante. Así, nos encontramos con una galería de entrañables personajes que le van poniendo carne y hueso a las palabras. "Soy el mozo que me atiende, / el tipo que me cuida el auto, / la vieja que lava mi ropa. / Y todos los días, un poco, / aquellos ojos que me miran desde lejos." Esta propuesta hace referencias a seres literarios, históricos, cotidianos y mitológicos que —y en eso se empeña el poeta— se van hermanando en una entrañable humanidad que se niega a sucumbir ante los cantos de sirena y se aferra a los últimos vestigios de la naturaleza, a los elementos primigenios del herido paisaje, como una tabla de salvación en el naufragio. "Y siempre en esta orilla, / que parece una cicatriz, / pensamos en dos posibilidades tremendas: / ahogarnos o volver a la tierra."

V
Interesante y novedosa a ojos vista es la contextualización de esta poesía, escrita a partir de lugares precisos. Ruta Dos, Calle Uno, Café Vox, mi tumba, un puerto, un puente, un lingote de hierro, el humedal, cosas del mundo, etc. "Este es un pueblo chico / y siempre ocurren algunas historias sencillas." Es como una especie de larismo al revés, pero larismo al fin, que necesita un punto de apoyo para elucubrar sobre las posibilidades de las gentes que habitan esas localizaciones; al contrario de Teillier, que hacía de la nostalgia su maravillosa panacea, Calabrese evoca todos los lugares y ninguno a la vez a partir de un objeto amado, un gesto familiar o un recuerdo que se va oxidando inexorablemente rumbo a la resurrección, y no al descalabro. En ese sentido el poeta es un visionario o vidente que otea humo blanco sobre las calaminas. "Ahora la belleza es de color ocre."

VI
Otra característica de esta poesía es su inubicuidad al momento de situarla, tanto temporal como territorialmente. "Hay una canción que busca, igual que el humo, sus caminos en el aire." No es tradicional, ni experimental, ni antigua, ni moderna. Es atemporal; por ende, toma lo mejor de cada época y se hace universal. Jorge Boccanera, otro notable poeta argentino, nos desarrolla mejor esta idea en el prólogo del libro: "Al entramado de una reflexión que oscila entre la indagación poética y el pensamiento filosófico, se impone la búsqueda de sí mismo con interrogantes que cavan en el ser como criatura elemental, primigenio y moderno a la vez, que se debate en un hueco de la noche barrida por un «viento metálico» y persigue su destino en la cartografía de la luz, el agua y las piedras como símbolos recurrentes de esta obra." Por otra parte, si bien comprobamos cómo estos poemas son concretos en sus temas y motivos, asimismo, bambolean cíclicamente entre el génesis y el apocalipsis con una naturalidad que te la encargo; también, siguiendo con la idea de una poesía en movimiento, dinámica, es ambivalente el espacio donde su despliegan sus imágenes puesto que la obra de Calabrese transita de la urbe atrofiada y decadente por estos días al terrón natal, al pago, al agua, al viento, al fuego y a la tierra, a lo telúrico de sus afectos, con el sombrero y las gafas impecables, atento a la movida o al convite de los familiares o amigos que lo esperan en busca de restituir sus sentidos menguados por el tráfico del ser a la nada, oxidados por la soledad, la humedad y el hastío de los grandes discursos. "El resto es andar y no quedarse, / que el polvo puede ser el agua / y las estatuas se hunden." Algo así como el eterno regreso —ya sea a pie, a caballo o en bicicleta— al pueblo amado y no a la metafísica elitista, enajenante. El que sabe, sabe.

VII
Respecto a los recursos literarios, Calabrese domina los secretos del idioma; utiliza diestramente los tropos, especialmente la personificación, el oxímoron, la sinestesia y la hipérbole, amén de una amplia gama metafórica que le permite construir versos rotundos y definitivos; en suma, bellísimos. Algunos botones de muestra: "Hay una blanca neblina / que puede convertir en ángeles / a todas las personas y oxidar un barco. // El amor es justo el límite / de lo que podemos resistir." "Aquella vez pensé: / por aquí no pasan ni las balas, / qué va a pasar entonces la poesía. // Pero me equivoqué." "Ahora bien, / si la memoria no me falla / dando vuelta en esa esquina / vamos a encontrar un viejo cine, / la casa de mis padres con su biblioteca de madera / y una puerta solitaria en medio de una larga pared / que sirve para llegar / adonde ya no queda ninguna pregunta." "Vengo tropezando con las piedras / desde la dolorosa Antigüedad." Creo que estamos en presencia de una notable poesía porque desdramatiza el acoso de lo absurdo de la contingencia actual, in situ, a la intemperie, con los pies en el barro, encontrando entre los escombros pestilentes de la cultura del desecho en crisis la palabra precisa que necesita la humanidad para la hora presente, apelando —juglar siempre de paso en el lugar que esté— a un estilo propio, a una voz serena, cotidiana, imaginativa, profunda y lúdica que podemos oír dentro de nosotros como un eco que viene desde los orígenes del hombre, de la mujer, ahí donde el acceso al vuelo, a la trasposición onírica —y viceversa— se encuentra al alcance de la mano. Dan ganas de repetir con Monterroso, al ojear estas páginas escogidas, "lo demás es silencio."

VIII
Recurrente en nuestro poeta es el uso del correlato objetivo, concepto creado por T. S. Eliot, mediante el cual un autor puede objetivar o exteriorizar su pensamiento a través de cosas, hechos o personas que va nombrando secuencialmente en el texto. Ernesto Cardenal y su poesía exteriorista popularizaron este recurso en la segunda mitad del siglo XX. Leamos de Calabrese "Los olores del pueblo": "El olor del perro mojado por la lluvia. / El olor a sopa en la casa del herrero. / El olor y el peso de la ropa húmeda. / El olor a pasto recién cortado. / El olor a kerosén del Bram Metal. // El olor de la grasa en los fierros del tren. / El olor a jazmín de esas noches calientes. / El olor del cielo, que cae. / El olor a encierro que sale de mi pieza oscura. / El olor del auto nuevo. / El olor de la marcha indecisa por la ruta. / El olor de la escala moral. / El olor a té de tilo. / El olor del agotamiento espiritual. / El olor de la botellita de cognac. / El olor a basura en el sifón del lavaplatos. // El olor a Dios, / cuando se empieza a descomponer y no para. // El olor del vacío." Sin duda, este poema debe figurar entre los mejores poemas latinoamericanos de las últimas generaciones. Estimo que en él se reúnen las mejores virtudes de la poética de la epifanía de Daniel Calabrese.

IX
Poesía clara, trasparente, empecinada en humanizar las cosas extraviadas fuera del cielo, pero no sólo "humanizar" la existencia en términos occidentales, en el sentido de urbanizar o civilizar el paisaje, el hábitat o el territorio para el avance del progreso modernizador. No, rotundamente no; hablamos de humanizar de manera integral, aplicando cierta sabiduría universal, acercándose a la materia elemental del entorno y sus gestos primigenios con una actitud fraterna, solidaria, entrañable, antes que los vapores fétidos o el óxido carroñero de la depredación extractivista neoliberal termine por devorarnos. Estamos en presencia de un libro más que necesario, ineludible, en estos días confusos donde el ser humano se debate entre rendirse o resistir hasta las última, hasta que podamos distinguir en medio de la niebla posmoderna, apocalíptica, la luz esplendente de la poesía más allá de un horizonte de chatarras. Libro en definitiva para leer, meditar y celebrar. Así sea.

Chonchi (Isla Grande de Chiloé), febrero 2024.

Poemas de "Un cielo para las cosas"

Acostarse en la tierra y volver a sentarse

Está bien lo que hiciste ayer
y también lo que haces ahora,
aunque juntos
los pedazos parecen de vidas contrarias.

Los dos sabemos que el mundo
es un espejo que no hay que romper.

Un cardumen avanza como los panes
que se multiplican en la tierra
y flotan sobre el agua.
Es el amarillo negro de las muertes vivas.

A esta bolsa cada vez más pesada
que arrastramos, le decimos tiempo
y nos confirma que sí,
que todo está bien.

El pedazo de cielo en que te viste
reflejada a la orilla de un pantano
se incrustó en mi pecho, es un vidrio
astillado y me lastima.

Muchos andamos sobre el agua sin esfuerzo
cuando cerramos los ojos.

Pocos se animan a remover
un vidrio incrustado en el pecho.

Nadie ha dedicado tanto trabajo
a desarmar una tristeza.

Allá a lo lejos

El sol me golpea y siento que pasa
la calle dura bajo mis pies
a toda prisa.

No comprendo si soy el indeciso
que avanza y camina
o la sombra misma que va pegada al animal,
ese tractor que me arrastra como a una pesada
capa mojada por la lluvia.

Este animal en el que voy metido,
en sus ratos libres escribe poemas
y después dice: soñé.

La negación de la luz me sigue
a todas partes con su materia
blanca, roja, húmeda,
porosa y deficiente que la acompaña.

Este animal me lleva por el mundo
haciendo lo que sabe.

Ve a otros animales
que se despedazan entre ellos.
Se acerca para comprobar si el río ya está muerto:
todavía se mueve, entonces
toma un poco de agua.

Esa tarde conocí a uno que tallaba letreros
en madera de ciprés.
Se lo veía cansado,
es el polvo de las obras, dijo,
que me viene comiendo los pulmones desde chico.

La tristeza puede ser interminable
para el que aprende a conocer a los demás.

Escuchando canciones italianas
recordé a mi madre a la salida del cine:
habíamos llorado, habíamos reído,
y uno piensa que momentos como ese
mueven a los ríos y detienen las guerras
para siempre.

Un día el animal entiende que esa helada
bajo la que durmió cuando era un cachorro
en las estepas del Sur
ahora está llegando adentro de sus huesos.
Siente que las imágenes
empiezan a saltarse el control de su mirada.

Es hora de organizar la resistencia.
Sabe que la guerra tendrá siempre
el mismo resultado:
ganará la muerte, quién más.
La belleza está en la estrategia.

Y en medio de tanto manoseo,
aunque no lo parezca,
hasta desesperarse puede ser un alivio.

Este animal en el que voy metido
a veces se queda mirando
y no me doy cuenta hacia qué cosa ve.
Pero es algo lejano, muy lejano.

Este animal, que en sus ratos libres
escribe poemas y después dice: soñé.

Vaivén de los ojos convertidos en ojos

Pronto nacerás y recién empezará este mundo
que ya había empezado cuando naciste.

Se abren dos labios en tus labios
y dos ojos en tus ojos,
detrás del sol.

Los ríos secos siguen trayendo el agua.
Nadie se explica cómo los árboles
cortados y quemados
todavía le dan frutas y semillas
a esos pájaros que ya se extinguieron.

Alguna vez fui parte de una especie
que nada, vuela y camina.
Ya no.
Sé que voy a morir y después
no te encontraré
por culpa por esta maldita ceguera.

La ilusión del tiempo se desvanece
en este mar de verbos que llaman vida,
libros, fechas que pasan,
cosas para mirar.

Y todo, todo lo que hemos visto,
se puede lavar con el mar.

La tierra y el mar en la orilla del tiempo

La tierra es verde, la tierra es vieja,
entera, roja, limita con el aire, es negra
y se golpea todos los días contra el mar.
La tierra vuela un vuelo redondo y ciego.

Con la velocidad de la vida,
por esta tierra pasan la vejez, la muerte
y otras formas del tiempo.

Si acaso lo nuestro es pasar, pasar
es un fluido parecido a la luz y al agua,
que no dejan sitio sin ocupar.
Pasan las sombras hacia el Este.
Pasan los átomos incontables
con esas alianzas tan caprichosas
que forman cualquier cosa
que uno se pueda imaginar.

También la música necesita la ilusión
del tiempo para suceder.

Todo va a dar al mar redondo,
cruel y hermoso, blanco y sucio,
que nos entrega a los inocentes
cuando muerden el anzuelo.

Pero estamos aquí, en la tierra,
donde brotan piedras y puñales,
donde las armas no paran de estallar.
A ver, congelemos esta escena ahora:
quedarán miles de balas en el aire,
miles de vidas sin terminar
en un limbo de aguas cristalinas
donde podemos ver por debajo
como a través de una lente que refracta
y distorsiona.
las grandes tormentas sumergidas
que nunca dejan ver el fondo abisal.

Y en esta orilla
que parece una cicatriz
pensamos en dos posibilidades tremendas:
ahogarnos o volver a la tierra.

La caída

Un hombre se derrumba.
Parece que busca rutas olvidadas, playas,
una siembra, en aquellas regiones perdidas
donde ya no gira más el sol.

Es imposible que yo mismo sea
el hombre que cae por la ventana.

Menos mal que se desplomó
desde su propia mirada
y que una roldana lo desliza
como si sujetara un piano,
mientras la tierra lo baja y lo baja
tensando la cuerda podrida
en un lento teatro de suspenso.

Menos mal que se deshoja
y revela su peso inusitado,
como un Cristo de Grünewald.

Imposible que yo sea el que salta del mundo
y flota unos instantes sobre su propia risa.

El que vuela como volaría un árbol
arrancado por las tormentas
que lavan y deslavan el aire.

Es imposible que yo sea alguna vez
el hombre que cae por esa ventana,
tan extraño, tan nítido.

Los olores del pueblo

El olor del perro mojado por la lluvia.
El olor a sopa en la casa del herrero.
El olor y el peso de la ropa húmeda.
El olor a pasto recién cortado.
El olor a kerosén del Bram Metal.

El olor de la grasa en los fierros del tren.
El olor a jazmín de esas noches calientes.
El olor del cielo, que cae.
El olor a encierro que sale de mi pieza oscura.

El olor del auto nuevo.
El olor de la marcha indecisa por la ruta.
El olor de la escala moral.
El olor a té de tilo.

El olor del agotamiento espiritual.
El olor de la botellita de cognac.

El olor a basura en el sifón del lavaplatos.

El olor a Dios,
cuando se empieza a descomponer y no para.

El olor del vacío.

Bocas

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Hay un árbol que se ha muerto
desde hace ya varios años,
ahí mismo.

La boca negra como brea.

Por el camino de piedra
va un torrente, apenas.

Y a ella, roja como una boca,
la recogen con redes del mar.

Un viento duro le derrama los ojos.

Son amantes pero no se aman.

Ella monta una bicicleta de hombre.

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Y siempre han sabido que las cosas
son lo que son.

Apogeo

Fundaría Roma.
Fundaría Nínive en la mesopotamia
que encierran sus piernas.

Ella y un eclipse
que oscurecerá su espalda
de un momento a otro.

Ella y la lejana Antares
brillando en el Pacífico.

Su dolor es un sueño antiguo
donde viven las aves que cruzaron la guerra.
Ella una promesa de rocas,
el rumor de un cielo sordo.
Bajo la luz de su lámpara
soñamos con las peores tormentas del sol.

A Ella no
Ya no la veré
Ya no la veré
con su alegría reconstituida/ más.

La carrera

Era la tierra.
Una simple expresión del alimento
con las cruces, los árboles,
sus pájaros migratorios,
el carbón escondido en la maleza.

Todos los años nos sentábamos
en un bote abandonado a la orilla del campo
y remábamos un rato,
todos los años,
cada día primero de noviembre.

El bote no avanzaba mucho
sobre el camino de greda.
Apenas unos metros, con esfuerzo,
y entonces nos sentíamos tan cansados,
listos para olvidarnos del amor, de las llagas,
de los perros que ladran en el pecho.

Dimos muchas vueltas alrededor del sol
en ese río de barro trajinado
contra una luz espesa.

Ahora eché raíces en el tiempo.
Ahora estoy quieto y es mejor que sigas
viajando hacia atrás
como viajan los postes, como viajan
las piedras oscuras de la orilla.

Mejor que te quedes tranquila
porque va muy lento el horizonte
y cuando por fin entiendas la carrera
estaremos listos,
fugados del terreno pegajoso,
donde sufren los ojos y se apagan las manos.

Contarle la foto a un ciego

Cuadrada.
Si la amplían demasiado
es como echarle un puñado de arena.
En el centro se ve una mujer de labios húmedos,
y un poco más atrás hay un dios.
¿Un dios?
Sí, en el último plano.
Antes aparece una colina helada.
La nieve está sucia, como la luna,
porque han pasado hombres y mujeres,
se nota en las huellas que dejaron
las ruedas y los caballos.
Un charco de orín humea todavía como un géiser
justo ahí donde el sol va insistir
hasta hacerle un agujero.
Esa foto incluye a dos muchachos
que se ríen sin rostros.
El reflejo en el blanco los desintegró.
¿Se entiende?
La escena que no ves es la muerte,
pero también la eternidad de ese instante
en el que el dios, bien al fondo,
aparece borroso.

www.letras.mysite.com: Página chilena al servicio de la cultura
dirigida por Luis Martínez Solorza.
e-mail: letras.s5.com@gmail.com
"Un cielo para las cosas": antología íntima de Daniel Calabrese
Laberinto Ediciones, México, 2023, 145 páginas.
Por Bernardo González Koppmann